

Miguel Ángel Rosales
Con los ojos cerrados*



Fotos: Andreu Bernal / Tau Diseño

MIRANDO EL LIBRO ILUSTRADO DE SEISDEDOS *El ruiseñor sin ojos* me imagino alguno de esos juegos visuales infantiles donde dos figuras distintas, separadas por una línea donde poníamos la nariz, al mirarlas fijamente y a una determinada distancia, se combinaban para cambiar la relación entre esos objetos. El más conocido es el del pájaro y la jaula en el que, tras un par de segundos de observación estereoscópica, el animal quedaba encerrado tras los barrotes.

En *El ruiseñor sin ojos* las coplas flamencas y las ilustraciones, cada cual en una de las páginas apaisadas del libro abierto, se superponen para traernos esos textos al presente, sacudirnos con una ráfaga emocional y sugerir una reflexión política. La costura del libro es una línea que separa no solo el espacio entre los dos textos, sino dos formas de entender el tiempo. A un lado del

* El presente texto fue leído por su autor en la presentación de *El ruiseñor sin ojos* (editorial Allanamiento de Mirada, 2017) celebrada en la librería La Clandestina (Cádiz), el 8 de junio de 2018.

papel, las ilustraciones viven en el presente del ilustrador, al otro las coplas que vienen de un pasado convertido en tiempo mítico. Estas últimas son en su mayoría letras sacadas de sus contextos originales y que cobran sentido nuevo en cada época como versos anónimos que han recorrido décadas o siglos encabalgadas en el compás.

El trabajo de Seisdedos me traslada a un imaginario muy familiar. No solo por esos paisajes donde se despliegan esas letras llenas de infinitas interpretaciones, sino también por algo más profundo y difícil que intentaré explicar desde esa frase de Lorca de donde saca el título el libro:

Mientras muchos cantos de la península tienen la facultad de evocar los paisajes donde se cantan, el cante jondo canta como un ruiseñor sin ojos. Canta ciego y por eso nace siempre de la noche. No tiene mañana ni tarde ni montañas ni llanos. No tiene más que una luz de noche abstracta donde un estrella más sería un irresistible desequilibrio.

Lorca es sin duda uno de los grandes creadores de estereotipos, clichés e imágenes exotizadas alrededor del flamenco. Resulta como mínimo chocante que nos hable aquí de este vacío oscuro y sin referentes desde donde hace surgir el cante. Seisdedos se propone contradecir a Lorca, según nos cuenta en su prólogo. Pero lo va a contradecir dos veces: una por su encarnación del flamenco en un paisaje social y político y otra frente a los clichés del flamenco que gracias a Lorca se extendieron por medio mundo.

En *El ruiseñor sin ojos* las coplas flamencas y las ilustraciones, cada cual en una de las páginas apaisadas del libro abierto, se superponen para traernos esos textos al presente, sacudimos con una ráfaga emocional y sugerir una reflexión política



El libro de Seisdedos y todo el imaginario que despliega de barriadas, solares, tascas y carreteras solitarias, me ha hecho pensar sobre mis coordenadas con respecto al flamenco, sobre los lugares donde he crecido y desde donde he mirado y tratado de entender todo esto

Es verdad que algunos cantes flamencos, a diferencia de otras expresiones musicales, no evocan un paisaje, no tienen una pretensión descriptiva, sino que tienen la facultad de trascender y elevar cualquier letra que cantan a los niveles del sentimiento más puro y desnudo. Desde cierto espacio fuera del tiempo y ajenas a un lugar concreto, sobreviven para seguir contándonos y arrebatándonos. Pero desde la oscuridad que nos invade al cerrar los ojos, imitando a ese ruseñor ciego, nos podemos permitir traer esos cantes a otros paisajes más íntimos desde donde habitar las historias que nos cuentan.

El libro de Seisdedos y todo el imaginario que despliega de barriadas, solares, tascas y carreteras solitarias, me ha hecho pensar sobre mis coordenadas con respecto al flamenco, sobre los lugares donde he crecido y desde donde he mirado y tratado de entender todo esto. Ciertamente que esos lugares terminan convirtiéndose en una mezcla de realidad y mito, configurando a veces un paisaje más emocional que real. Pero me pregunto por qué ese origen marca para siempre la forma de entenderlo y de vivirlo.

Gran parte de mi imaginario flamenco, en general, coincide con un determinado paisaje de la infancia y de la temprana juventud allá por los 70-80. Yo crecí en un Jerez de la Frontera que en esa época aún no había terminado de salir del todo del franquismo más gris. Me crié en la avenida de la Soleá y visitaba a mi tía en la calle Bulería. Entre la barriada de la Sagrada Familia y La Plata, donde vivía mi abuela, había una explanada, el solar de La Plata, por donde mi abuela me llevaba de la mano cruzando entre chabolas y tiendas de familias gitanas. Más tarde, las primeras borracheras en la tasca «La pandilla»,



estaban presididas por los cuadros de Luis Mateos, discípulo del pintor Carlos González Ragel, donde se veía un tablao flamenco poblado de esqueletos desnudos. Mirados bajo los efectos de porros, morenitas, olorosos y pirriaques de todo tipo, aquella imagen encajaba a la perfección con lo que sentíamos en aquella época de censura y abismo generacional. Después estaban los encuentros de madrugada con locos inspirados e inspiradores que cantaban por tonás, seguidillas o fandangos y que vivían en la calle, esperando al alba a que abrieran las tascas de nuevo. O con los visionarios de La Zaranda siempre bien acompañados de un Rubichi, de un Moneo, de un Salmonete. El antiguo Bar Cantábrico donde comprábamos chocolate a cantaores que entonces se tenían que sacar un sobresueldo. Los patios y los soportales del barrio de Santiago o de San Miguel.

Creo que ahí es donde me encuentro con las ilustraciones de Seisdedos. Es ese mundo de barriadas, de solares, de tabernas, de arrabales y ventas de las afueras, de parejas de picoletos en la carretera. Y, al igual que aquel tiempo que rememoro, estas viñetas están cargadas de resistencia, de humor negro, de belleza, pero también y sobre todo de fatalidad, de esa sensación de que algo se había perdido ya para siempre, cuando quizás ni siquiera había comenzado todavía.

Hoy puedo escuchar el flamenco actual y emocionarme con muchos intérpretes maravillosos, puedo tener una idea muy abierta de lo que es lo flamenco y su historia. Pero finalmente siempre vuelvo a Terremoto, a la Paquera o al viejo Agujetas. Y entonces desde esas voces, con los ojos cerrados,

Es ese mundo de barriadas, de solares, de tabernas, de arrabales y ventas de las afueras, de parejas de picoletos en la carretera. Y, al igual que aquel tiempo que rememoro, estas viñetas están cargadas de resistencia, de humor negro, de belleza, pero también y sobre todo de fatalidad



Hoy puedo escuchar el flamenco actual y emocionarme con muchos intérpretes maravillosos, puedo tener una idea muy abierta de lo que es lo flamenco y su historia. Pero finalmente siempre vuelvo a Terremoto, a la Paquera o al viejo Agujetas

yo me reencuentro y me oriento en ese paisaje. Me doy cuenta de que, más allá de la técnica o la perfección de su arte, valoro a determinados autores en función de la capacidad que tienen, en su timbre, en su actitud, en su transmisión, para acercarme a ese paisaje interno que habita mi memoria.

Finalmente me gustaría llamar la atención sobre la parte final del texto:

[El cante jondo] No tiene mañana ni tarde ni montañas ni llanos. No tiene más que una luz de noche abstracta donde una estrella más sería un irresistible desequilibrio.

Este *irresistible desequilibrio* me evoca una idea muy profunda que atraviesa todo lo que tiene que ver con el flamenco y que es la idea de «la pureza».

Sinceramente, siempre me ha sorprendido mucho que el flamenco guste tanto. Una música tan críptica, tan complicada, tan triste en la mayoría de sus expresiones y de alguna manera tan jodida (parece una música muy espontánea pero sabemos que se rige por códigos muy fijos y donde es muy difícil una participación si no eres un experto)... Creo que parte de su atractivo es su autenticidad, su parte más rebelde e irreductible, su autodefensa.

No se puede hablar de flamenco sin hablar de pureza, aunque no la citemos directamente. Cualquiera que se acerca al flamenco muy pronto descubre que todo se mueve alrededor de un centro de gravedad. En ese centro, más que elementos estéticos, yo colocarí una determinada manera de entender



el arte y por ende el mundo. Lo flamenco solo trata de explicarse a través de la emoción y el gesto, desde un lenguaje complejo que una vez comprendido se puede deformar hasta lo indecible en un grito, en un melisma eterno, sin que deje de ser lo que es. La pureza, en ese sentido, es de alguna manera necesaria como centro de gravedad desde donde las cosas no pueden dispersarse sin perder su esencia. Lo discutible es lo que ponemos en ese centro desde el que se mide la órbita de esa galaxia. Yo colocaría además en ese centro un mundo emocional, un imaginario, unos paisajes compartidos, aunque cada uno los recrea a su manera, con los ojos cerrados.

En algún lugar de esa galaxia flamenca, no sé a cuánto de su centro, pero compartiendo gran parte de esa esencia, está el libro de Seisdedos. Porque con la creación de esas imágenes, *El ruiseñor sin ojos* nos habla de desacato, de resistencia a la autoridad, e ilustra la parte más irreductible de lo flamenco. Ese flamenco que ha servido para aliviar las penas de un pueblo, pero también para maldecir a los opresores, burlarse de ellos y sacarles los cuartos, y que es en el fondo una expresión de resistencia, que reinventándose continuamente siempre se escapa de lo que intenta normalizarlo y comprimirlo en un solo sentido.

MIGUEL ÁNGEL ROSALES es antropólogo y director de los documentales *La maroma* (2011), *Atrapados al vuelo* (2012), *Luz en los márgenes* (2013) y *Gurumbé. Canciones de tu memoria negra* (2016).

El ruiseñor sin ojos. 52 cantes ilustrados. Ilustraciones de Seisdedos. Editorial Allanamiento de mirada, 2017 (segunda edición 2018). Rústica y cartoné. 122 pp.

Lo flamenco solo trata de explicarse a través de la emoción y el gesto, desde un lenguaje complejo que una vez comprendido se puede deformar hasta lo indecible en un grito, en un melisma eterno, sin que deje de ser lo que es

